



La muerte como condición de la desesperanza mutisiana: un viaje al paisaje de las muertes de Maqroll

Miguel Moreno

Para Isabel y Noé

La muerte ha sido un tema fecundo en la literatura de todos los tiempos, aparte de ser uno de los grandes enigmas del hombre. Mutis, naturalmente, tuvo sus propias experiencias; la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Civil española lo afectaron profundamente, pero, en su vida personal, fue la muerte de su padre la que dejó una huella indeleble: «Se fue cuando yo más lo necesitaba. Su muerte fue como una amputación brutal. Recuerdo muy bien lo que sentí. Yo pensé: “Alguien me ha jodido”. Y durante un buen tiempo le guardé rencor por haberse marchado. Por primera vez pensé en la muerte y comprendí que algún día me llegaría la hora. Tal vez ahí comencé a morirme yo también».¹

También en su trabajo en Lansa estuvo de frente con la muerte, y esta experiencia particular hace mella en el poeta, llevándolo a una pregunta metafísica:

En dos oportunidades tuve que estar al frente del rescate de los cadáveres dejados por accidentes aéreos, en regiones perdidas de la geografía colombiana donde uno pensaría que nadie vive [...]. Cuando terminaba la faena, a pesar del

¹ Quiroz, Fernando. *El reino que estaba para mí*. Bogotá, Norma, 1993, p. 19.

cansancio y del hastío, la muerte seguía rondando en mi interior durante varios días. Cada vez que se proyectaba de nuevo la imagen de esos cuerpos carbonizados y hechos pedazos pensaba que no tenía ninguna lógica que las cosas acabaran ahí. No es que tenga la certeza de que existe otra vida. Pero me resulta terrible y extrañamente inútil que al final todo se convierta en ese montón de agua, de huesos y de órganos en descomposición que ya nada significa. Pero no sé qué hay después [...] creo que nadie lo sabe.²

Luego, el fallecimiento de su hermano Leopoldo hace al poeta proferir esta bella reflexión:

Lo que más me impresionó al verlo tendido en la cama, desencajado, el día de su muerte, fue pensar que seguramente en unos años yo pudiera olvidar muchas cosas de nuestra vida en común, muchas de nuestras andanzas en Coello. Pensar que algún día posiblemente llegará a dudar hasta del color de sus ojos. Pensé, entonces, que esa era la verdadera muerte. Pero hay otra, que llega el día en que muere la última persona que tiene un recuerdo nuestro. Cuando el último de quienes nos conocieron en vida también se va. Cuando ya no queda rastro alguno de nuestras sonrisas o de nuestros gestos... ese día morimos para siempre.³

Estos apuntes nos dan pie para empezar a analizar la cuarta condición de la desesperanza: la estrecha y peculiar relación con la muerte; he aquí las palabras del poeta:

Si bien lo examinamos, el desesperanzado es, a fin de cuentas, alguien que ha logrado digerir serenamente su propia muerte, cumplir con la rilkeana proposición de escoger y moldear su fin. El desesperanzado no rechaza la muerte; antes bien, detecta sus primeros signos y los va ordenando dentro de una cierta particular secuencia que conviene a una determinada armonía que él conoce desde siempre y que sólo a él le es dado percibir y recrear continuamente.⁴

En la anterior cita, es importante reconocer la influencia de las experiencias personales de Mutis, particularmente la experiencia en Lansa; no obstante, vale la pena traer a colación la confesión del egregio poeta sobre la mención a Rainer

²Ibidem, pp. 73-74.

³Ibidem, p. 36.

⁴Mutis, Álvaro. *Poesía y prosa*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1981, p. 289.

Maria Rilke: «Ha sido una gran lectura mía. Yo, desde mucho antes, he tenido una conciencia de la muerte. Precisamente por vivir en ese ambiente del trópico donde la muerte es continua, un proceso que estamos viendo suceder en los vegetales, los animales y en la misma gente». ⁵ Por lo tanto, es preciso hacer una breve alusión, sin entrar en profundos pormenores, sobre la concepción de la muerte en el poeta de lengua Checa. El maestro Carlos Ramírez ⁶ nos dice al respecto: «En síntesis se trata de una tentativa de alcanzar lo absoluto a partir de los límites de la existencia, por las vías de la reflexión, la experiencia de la soledad y el ascetismo», esto es, en otras palabras, llegar a la muerte preparado, pero no se trata de una preparación de tipo cristiano, donde se vive para el momento de la muerte y el juicio eterno, por el contrario, es moldearse una muerte acorde con la vida que se ha elegido llevar, es morir como se quiere y no como se impone. Por eso, la muerte, lejos de dar sentido a la existencia y dignificar una vida, como en el caso de Cristo, es una manera de terminar coherentemente con un proceso vital, biológico, que, aunque irremisible, nunca será rehuido, siempre y cuando esté acorde con lo que se ha vivido. Esta es la razón por la que Abdul se niega a morir a manos del Rompe Espejos; he aquí la reflexión de Maqroll:

Bien, respecto a su muerte a manos de ese sujeto, es claro que hubiera sido gravísimo recibirla en esa forma. Se trata siempre de saber qué muerte nos espera. No me refiero al aspecto puramente físico o doloroso del asunto. La muerte, venida de tales manos, no es la muerte que le tocaba desde siempre, la muerte que ha venido preparando durante toda una vida; desde el instante mismo de nacer. Cada uno de nosotros va cultivando, escogiendo, regando, podando, modelando su propia muerte. Cuando ésta llega, puede tomar muchas formas; pero es su origen, ciertas condiciones morales y hasta estéticas que deben configurarla, lo que en verdad interesa, lo que la hace, si no tolerable, lo cual es muy raro, sí por lo menos, acorde con ciertas secretas y hondas circunstancias, ciertos requisitos largamente forjados por nuestro ser durante su existencia, trazada por poderes que nos trascienden, por poderes ineluctables. La muerte que llega de manos de alguien como El rompe espejos, es una muerte que afronta un cierto orden, una velada armonía que hemos intentado imprimir al curso de nuestros días. Una muerte así nos niega alevosamente a nosotros mismos y por eso nos es intolerable. Más que miedo, lo que sintió entonces fue un profundo desconsuelo, una náusea esencial a terminar de esa manera. ⁷

⁵ Sefami, Jacobo. *De la imaginación poética. Conversaciones con Gonzalo Rojas, Olga Orozco, Álvaro Mutis y José Kozler*. Caracas, Monte Ávila, 1993, p. 179.

⁶ Ramírez Aissa, Carlos. *Literatura Contemporánea*. Bogotá, Códice, 1998, p. 229.

⁷ Mutis, Álvaro. *Abdul Bashur, soñador de navíos*. Bogotá, Norma, 1998, pp. 186-187.

Entonces, la clave en Rilke —y, por extensión, en Mutis— consiste básicamente en la conciencia de la finitud del hombre, dejando claro que la hora de nuestra muerte «es tan sólo una de nuestras horas y no una de carácter excepcional»;⁸ dicho de otro modo, es una despedida amplia que jamás debe apropiarse de lo imperecedero del hombre mediante el olvido; pues, si se lo propone categóricamente, el hombre puede dominar la muerte, entendiéndose ese dominar no como aplazar el fenómeno natural de descomposición de la carne ni como resurrección o reencarnación, sino en el cómo morir y, naturalmente, cómo seguir viviendo después de esa muerte física, «temer que nuestras fuerzas no basten para soportar la experiencia de la muerte por muy horrible que sea y por mucho que nos afecte; la muerte no está más allá de nuestras fuerzas».⁹ Como podemos ver, la muerte tomó una inusitada importancia en la obra de Rilke, quien estaba convencido de que «se acarrea con la muerte en lo más íntimo de la propia existencia [...] y fue la que dio la orden para las innumerables despedidas»,¹⁰ de allí que el desprendimiento propio del poeta se reflejó, de manera dramática, en el brete que le puso la vida al tener que elegir entre su matrimonio o la poesía, decidiéndose por esta última.

Esta idea de preparar y escoger el propio fin de la existencia terrena desemboca necesariamente en un desafío a los límites de la existencia y un apartamiento que implica una despedida amplia, teniendo plena conciencia de la presencia de la muerte como un momento cualquiera que propicia un nuevo apartamiento y una nueva despedida. Como podemos observar, es un círculo perfecto sobre el que es posible desarrollar la existencia con un sentido claro: el aquí y el ahora en el desarraigo. Esta concordancia, la idea de preparar la muerte, se hace evidente a todas luces, por ejemplo, en Abdul Bashur, que «toda su vida la pasó soñando en barcos y ninguno de los que tuvo se ajustaba a sus sueños»,¹¹ y cuando Maqroll fue a recuperar los restos calcinados de su amigo, sentencioso afirma: «Ésta sí era tu propia muerte Jabdul, alimentada durante todos y cada uno de los días de tu vida».¹² También es posible hallar ejemplos de la idea rilkeana sobre el deber de escoger el propio fin en el episodio del Gaviero con el enano de Mindanao:

⁸Falk, Walter. *Impresionismo y expresionismo, dolor y transformación en Rilke, Kafka y Trakl*. Madrid, Guadarrama, 1965, p. 60.

⁹Ibidem, p. 74.

¹⁰Ibidem.

¹¹Mutis, Álvaro. *Amirbar*. Bogotá, Siruela, 1990, p. 119.

¹²Mutis, Álvaro. *Abdul Bashur...*, p. 197.

La muerte, mi muerte, no podía llegar por ese conducto innoble. En el rostro del tipo vi que esa forma de suprimir a los intonsos parroquianos que caían en el tugurio, llevados por un chofer de taxi cómplice, era para él una rutina normal. Una ira incontenible, desbordada, ciega, de pensar en morir en esas manos, me hizo lanzarme sobre el enano, envolverle la cabeza con la sábana y apretar desesperadamente.¹³

Del mismo modo, la idea de llevar hasta el límite la existencia la encontramos en Winfried Geltern, quien, al perder a su esposa y al sentirse abandonado por su única hija, precipitó su caída hacia la nada. Recordemos lo que se dice de él en *Ilona llega con la lluvia*: «Lo que le cagó el destino al pobre Wito fue la huida de su hija única con un pastor protestante de Barbados, casado y con seis hijos [...]. Wito comenzó, entonces, sus negocios descabellados. Se fue enredando en hipotecas que le tienen tomado el barco y creo que una casa en Willemstad. Ya sabe cómo es eso. Abrir un hueco para tapar otro». ¹⁴ Y, efectivamente, escogió su propia manera de morir cuando se cerró el cerco que él forjó para precipitar su fin, esto resulta claro cuando conocemos la despedida de Wito con Maqroll: «No se preocupe por mí, Maqroll. Es usted muy amable. Ya tengo todo dispuesto para... —y aquí titubeó con un cierto pudor fugaz pero notorio— para seguir adelante». ¹⁵ De igual manera, esa necesidad de un apartamento lo ejemplificamos en el episodio donde Alar se separa de Ana Alesi, la Cretense: «Quienes estaban presentes no pudieron menos de sorprenderse ante la serenidad con que se dijeron adiós [...]. Sus íntimos amigos, empero, no se extrañaron de la tranquilidad del Ilirio, pues conocían muy bien su pensamiento. Sabían que un fatalismo lúcido, de raíces muy hondas, le hacía aparecer indiferente en los momentos más críticos». ¹⁶ Asimismo, hallamos otra concordancia entre la obra de Mutis y la idea rilkeana en la despedida de Maqroll y Flor Estévez cuando este partía hacia el Xurandó: «Fue al escondite en donde guarda sus ahorros y me entregó todo lo que tenía, sin añadir una palabra, sin mirarme siquiera [...]. No tiene remedio mi errancia atolondrada». ¹⁷ También conocemos la situación de Flor ante la despedida de Maqroll por boca de doña Empera: «Ño se imagina cuántas veces me repetía que lo único que le atormentaba en la vida era que usted pensara

¹³Ibidem, p. 186.

¹⁴Mutis, Álvaro. *Ilona llega con la lluvia*. 2.ª ed. Bogotá, Norma, 2000, p. 17.

¹⁵Ibidem, p. 19.

¹⁶Mutis, Álvaro. *La muerte del estratega. Narraciones, prosas y ensayos*. México, Fondo de Cultura Económica, 1988, p. 85.

¹⁷Mutis, Álvaro. *La nieve del almirante*. En *Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviato*. 6.ª reimpresión. Bogotá, Alfaguara, 2000, p. 46.

que lo había abandonado y ya no lo quería. Me moriré con esa cruz encima —decía— ¡Si pudiera verlo algún día; así fuera un momento!».¹⁹ La última concordancia entre Mutis y Rilke, la conciencia de la presencia de la muerte, la hallamos en el cambio de conducta de Sverre, que Maqroll advierte; a su vez, anuncia el próximo fin de su viejo amigo y socio de correrías de pesca en Alaska: «Pude constatar que esa indiferencia (al vestir) iba pareja con ciertas reflexiones que dejaba caer cuando menos se esperaban, cargadas de una vaga lejanía, un irse marginando de las cosas del mundo que acabaron por preocuparme»,²⁰ y una de esas sentencias es la que anuncia el próximo suicidio de Beau de la Régence, como lo llamaba afectuosamente Maqroll: «Morir es un pacto que hacemos con nosotros mismos. Lo importante es saber cuándo y cómo se cumple y seguro de que se trata de un viaje sin regreso; hablaba con serenidad, casi diría con indiferencia».²¹

Como pudimos apreciar en el último ejemplo, aparte de que existe la presencia de la muerte, también está presente la capacidad avizora del desesperanzado, pues él ve rasgos definitivos que anuncian la presencia de la negra parca:

A tiempo que continuábamos con los preparativos para salir de Panamá y dejar a Longinos instalado en Villa Rosa, iba en aumento mi preocupación por la forma como la presencia y, luego, la historia de Larissa habían influido en Ilona. Los síntomas no eran muy evidentes, pero para quien, como yo, la conocía bien y había convivido con ella largas temporadas, el cambio no podía pasar desapercibido. Hablar con ella al respecto hubiera sido, además de inútil, bastante inoportuno.²²

Este ejemplo es muestra de una constante en la obra mutisiana: Abdul sabe que el Rompe Espejos lo va a matar; Maqroll sabe que si no hubiera sido por la carta del Capitán Segura y el interés del gobierno del Líbano, él habría muerto a manos del capitán Ariza: «¡Hombre!, usted estaba muerto hace rato»;²³ Sverre conoce el final de su paso por la vida; Maqroll, cuando huye de la mina de *Amirbar*, presiente su muerte, sin embargo, no huye de la muerte, sino, como nos lo aclara Miguel Manrique, «El Gaviero no es que salga al paso de la muerte de una forma

¹⁹Mutis, Álvaro. *Un bel morir*. Madrid, Mondadori, 1989, p. 123.

²⁰Mutis, Álvaro. *Tríptico de mar y tierra*. Bogotá, Norma, 1998 p. 4.

²¹Ibidem, p. 29.

²²Ibidem.

²³Mutis, Álvaro. *Ilona llega con la lluvia*, p. 122.

²⁴Mutis, Álvaro. *Un bel morir*, p. 120.

suicida, sino que orgullosamente se pone a disposición para que sea aquella quien decida el paso final».²⁴ Ahora bien, Maqroll tiene muy claro cómo desea morir y, por eso, no es que evada el tema, sino que no le gusta ventilarlo a la luz pública sin necesidad: «No era nuestro amigo muy dado a tornar sobre el asunto y mucho nos ha costado hallar la ocasión para saber, por boca suya o de gentes de sus afectos, en qué consistieron tales esquinas que le obligó a doblar el destino».²⁵ Naturalmente, el mismo Gaviero se preocupa por aclararnos esta situación haciendo una comparación con Leb Masón: «Hay, en esa clase de seres, una especie de voluntad de muerte, de insensato desafío sin salida, que tiene mucho de autoliquidación. Si bien es cierto que en mis andanzas he estado más de una vez en peligro de perecer, jamás he sentido prisa por desembocar en la nada que, de todos modos, en alguna esquina me está esperando».²⁶ Por ello, el Gaviero, como desesperanzado que es, se preocupa por vivir lo más plenamente posible y coincide totalmente con Rilke en que la muerte es un momento más, una despedida más prolongada, dicho a la manera de Maqroll, «Es seguir viviendo lo que me cuesta trabajo, no morir».²⁷

Esta idea expresada en la narrativa de Mutis no es nueva, ya en el poema «Cita en Samburán» está explícita la misma secuencia de ideas: en relación con Leb, aparece la figura de Mister Jones, pues «Él prefirió participar de lleno en los designios de la muerte, ayudarla en su tarea, ser su mensajero, su hábil y sinuoso cómplice»²⁸ y para Maqroll, naturalmente, está la figura de Heyst: «Desde el suicidio de su padre, ocurrido cuando él era aún adolescente, su familiaridad con el tema había crecido con los años. Aprendió a ver la muerte en cada paso de sus semejantes, tras cada palabra, tras cada lugar frecuentado por los seres que cruzaron en su camino».²⁹ También en el poema, el que presiente la muerte y sabe que le ha llegado su turno descubre, sin sorpresa, la misma idea de la muerte que Rilke: «Es ahora, cuando el que va a morir, dice para sí: entonces, ¿esto era? Cómo no lo supe antes, si es lo mismo de siempre. Cómo pude pensar por un momento que fuera a ser distinto. La muerte del hombre es una sola, siempre la misma», esta es la razón por la que el

²⁴ Manrique, Manuel. «Un bel morir», *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 481, julio de 1990, p. 139.

²⁵ Mutis, Álvaro. *Tríplice de mar y tierra* (introducción).

²⁶ *Ibidem*, p. 33.

²⁷ Mutis, Álvaro. *Un bel morir*, p. 69.

²⁸ Mutis, Álvaro. «Cita en Samburán». En *Summa de Maqroll el Gaviero: poesía 1948-1997*. Introducción y edición de Carmen Ruiz Barriónuevo. Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1997, p. 198.

²⁹ *Ibidem*, p. 198.

suicidio es descartado como salida a la idea lúcida de la actitud desesperanzada: «La aristocracia de Maqroll consiste precisamente en saber y contemplar, vivir sin las esperanzas que son comunes al resto de los hombres, en esperar la muerte sin buscarla, sin siquiera soñar con la posibilidad liberadora del suicidio; por eso subsiste arraigado a la vida».³⁰ El ejemplo más contundente para mostrar que el auténtico desesperanzado no acude al suicidio es el episodio de la muerte de Ilona, que causa terribles consecuencias en Abdul, pero nunca se expresará como suicidio: «Bashur no es de los que busca escaparse por la puerta que usted está pensando. Le hará bien estar solo unas horas para acostumbrarse a vivir con el vacío que le espera. Las consecuencias vendrán después. Pienso que serán fatales, pero en otro sentido»,³¹ explicó el Gaviero. Por su parte, Maqroll, para asumir este mismo dolor y no caer en la trampa del suicidio, acude a los recuerdos como tabla de salvación: «Su ausencia definitiva era algo que me costaba tanto trabajo, tanto dolor, tratar de imaginar, que prefería volver de nuevo a los recuerdos. Allí encontraba, aún, un refugio, efímero y endeble, pero, en ese momento, el único al que podía acudir para no caer en la nada».³² Estos argumentos nos dan pie para afirmar que es posible llegar a la desesperanza de dos maneras: la primera, cuando se han perdido todos los puntales significativos que daban sentido a la vida, es decir, cuando han fallado las esperanzas en las que descansaban todas las razones para vivir, este es el caso de Wito o Sverre; la segunda, cuando a partir de una reflexión solitaria se llega a la idea lúcida de asumir la actitud desesperanzada como razón para seguir viviendo. En el primer caso, viene el suicidio; en el segundo, se busca vivir la vida lo más plenamente posible asumiendo una actitud desesperanzada, la que, como ya hemos dicho, no exime las esperanzas que dan razón para vivir el día a día.

Con esta diferencia clara, es posible comprender por qué Wito o Sverre, al advertir la vacuidad de sus vidas, presienten la muerte y le facilitan el trabajo; pero, asimismo, entendemos por qué es en el momento de la muerte que un desesperanzado modelo como Alar descubre la máxima sentencia de la actitud desesperanzada: la confirmación de nuestro ningún sentido ni misión sobre la tierra, a excepción de la

³⁰ Pérez, Clímaco. *La valoración nihilista del mundo en Álvaro Mutis*. La Guajira, Universidad de la Guajira, 2002, p. 90.

³¹ Mutis, Álvaro. *Abdul Bashur...*, p. 127.

³² Mutis, Álvaro. *Ilona llega con la lluvia*, p. 133.

confirmación (a través de los sentidos, en el efímero, pero cierto, combate del placer) de un cierto existir inapelable.³³ A continuación, Alar en su trance de muerte:

Comenzó a llegarle la muerte al Estratega. Una gozosa confirmación de sus razones le vino de repente. En verdad, con el nacimiento caemos en una trampa sin salida. Todo esfuerzo de la razón, la especiosa red de las religiones, la débil y perecedera fe del hombre en potencias que le son ajenas o que él inventa el torpe avance de la historia, las convicciones políticas, los sistemas de griegos y romanos para conducir el Estado, todo le pareció un necio juego de niños y ante el vacío que avanzaba hacia él a medida que su sangre se escapaba, buscó una razón para haber vivido, algo que le hiciera valedera la serena aceptación de su nada y de pronto, como un golpe de sangre más que le subiera, el recuerdo de Ana la Cretense le fue llenando de sentido toda la historia de su vida sobre la tierra (el recuerdo de Ana y lo vivido con ella se alzó) para decirle al Estratega que su vida no había sido en vano que nada podemos pedir, a no ser la secreta armonía que nos une pasajera y misteriosamente con ese gran misterio de los otros seres y nos permite andar acompañados una parte del camino [...]. Para entonces ya era presa de esa desordenada alegría, tan esquiva, de quien se sabe dueño del ilusorio vacío de la muerte.³⁴

Como podemos apreciar, es en la muerte que se confirma la validez de haber vivido de una manera lúcida, coherente con el pensar y el actuar; por eso, «La muerte es un instante de lucidez, demasiado corto como para constituir una vivencia o para hacer memoria de él; por ello la muerte es fundamentalmente olvido». En esta instancia se hace inevitable recordar la idea de la segunda muerte, que nos revela Mutis más arriba, ya que, como dice Maqroll en *Ilona llega con la lluvia*, «La muerte, lo que suprime no es a los seres cercanos y que son nuestra vida misma. Lo que la muerte se lleva para siempre es su recuerdo, la imagen que se va borrando, diluyendo, hasta perderse y es entonces cuando empezamos nosotros a morir también». Aquí, aparece el profesor Clímaco Pérez en nuestro apoyo cuando afirma lo siguiente sobre los personajes de Mutis:

³³Mutis, Álvaro, «La desesperanza» (conferencia dictada en la Casa del Lago de la Universidad Nacional Autónoma de México en febrero de 1965). En *Poesía y prosa*, p. 296.

³⁴Mutis, Álvaro, *La muerte del estratega...*, p. 88.

³⁵Pérez, Clímaco, ob. cit., p. 83.

³⁶Mutis, Álvaro, *Ilona llega con la lluvia*, p. 133.

Tienen una capacidad especial para ver, en el lapso que separa la vida de la muerte, la necesidad de un destino marcado por la certeza del olvido inminente, por la pérdida de sí, que no es ni bueno ni malo, sino doloroso, gozoso algunas veces y sin sentido generalmente. En los momentos más cruciales de la existencia estos personajes tienen la facultad para reconocer la insignificancia de todas sus pretensiones.³⁷

En efecto, es el tránsito a la muerte el que permite constatar la eficacia de las ideas con la que se forjaron nuestras razones de vivir, sin embargo, estas razones no son únicamente nuestras, más bien, se trata de adaptarlas a nuestra manera de entender el mundo, de percibir la realidad y de «convivir» con las distintas normas y leyes que configuran las nociones de bien, Dios, mal, justicia, entre otros. Maqroll mismo, en su oración, exclama: «Recuerda Señor que tu siervo ha observado pacientemente las leyes de la manada. No olvides su rostro».³⁸ Al respecto, Guillermo Sucre señala:

La verdadera ley de la manada, que él observa, no es otra que la ley de la muerte: la muerte que lo degrada todo, pero que le otorga a todo su exacta realidad. Otros viven, o creen vivir, suponiendo la existencia de Dios, de la historia, del poder, de la gloria. Para Maqroll, la muerte vuelve irrisorias tales entidades; pone también al descubierto el doble engaño que encierran: figuran una trascendencia o un sentido superior que no existe; hacen vivir, no la vida misma sino la confianza —la seguridad— de creer que se está viviendo. Doble engaño que es una doble impostura: nadie vive en ni mucho menos para la trascendencia; nadie, por tanto, cree de verdad en ella. Maqroll puede ser despiadado e incrédulo, pero es riguroso: vivir es una enfermedad, el cuerpo mismo encierra sus plagas, pero ello no lo lleva a preservarse para otra vida. La furia de vivir es su única pasión: pasión maldita: la vida es un don y simultáneamente un mal. Maqroll quiere ser fiel a esa contradicción; sabe que sólo por ella no es un fantasma o una entelequia pensante.³⁹

Por eso, ante el descubrimiento de ese doble engaño, Maqroll asume plenamente su condición errante, su desapego a las cosas del mundo y a las falsas dádivas que ofrecen las esperanzas convencionalmente aceptadas. Sin embargo, debemos tener muy presente que la muerte en la obra mutisiana no es un

³⁷Pérez, Clímaco, ob. cit., p. 58.

³⁸Mutis, Álvaro. «Oración de Maqroll». En *Summa de Maqroll el Gavero...*, p. 84.

³⁹Sucre, Guillermo. «El poema, una fértil miseria». *Revista Plural*, vol. 4, n.º 71, abril de 1975, p. 19.

acontecimiento aislado que se da en cualquier lugar, por el contrario, la muerte es un eslabón que tiene repercusiones claras dentro de la historia y la vida de los personajes y se presenta en lo que Mutis llama el «Meridiano de la desesperanza»,⁴⁰ lugar donde la desesperanza hace su aparición. Para aclarar a qué se refiere nuestro autor con éste término, debemos ir pausadamente, pues suele hablarse erróneamente del trópico, los puertos, la selva, la tierra caliente como lugares cuya diferencia importante radica en la ubicación dentro de un mapa. Evitaremos este yerro, a primera vista intrascendente, empezando por deslindar, en algunos episodios, las diferencias claras entre cada lugar antes mencionado para que al final podamos comprender por qué Maqroll debe morir necesariamente en la tierra caliente.

Empezaremos por el trópico, pues es «el trópico en donde la desesperanza logra la más pura, la más rica, la más absoluta expresión de su desolada materia».⁴¹ En efecto, para ilustrar cómo el trópico condensa la desesperanza, vale la pena recordar a Maqroll en su viaje de Cristóbal a Panamá:

El paisaje tropical de la zona, con su vegetación de hojas relucientes de un oscuro verde metálico, el calor que entraba por las ventanillas abiertas para buscar un improbable aire refrescante y el vocerío del pasaje, me trasladaron a alguna colonia europea del Asia. Hubo un momento en que hubiera jurado que viajaba a través de la península de Malaca, entre Singapur y Kuala-Lumpur [...]. “Ya va llegando la hora —pensaba— en que suelo preguntarme: ¿Qué hago aquí? ¿Quién diablos me ha traído aquí? Son las preguntas a donde va a parar esta mezcla de hastío sin fondo y de vago miedo cuando sé que me espera una larga permanencia en tierra”.⁴²

Como podemos apreciar, las similitudes entre el trópico de América y Asia son casi idénticas y es ese ambiente donde la desesperanza se hace más presente, pero en el trópico, aparece la figura del puerto que dispara la desesperanza:

A la mañana siguiente abrí la ventana de mi cuarto y me asomé a ver los muelles. La escena me quitó cualquier deseo de salir a recorrer el puerto. Hay una especie de común denominador de esos puertos del Pacífico, [...] flota, en la gran mayoría de ellos, una especie de manto gris que todo lo envuelve, de muros de

⁴⁰Mutis, Álvaro. *Poesía y prosa*, p. 299.

⁴¹Ibídem, p. 301.

⁴²Mutis, Álvaro. *Uona llega con la lluvia*, p. 36.

ladrillo maculados con restos de carteles donde se ha detenido la mugre hasta hacer invisibles las letras y de tristes grupos de habitaciones lacustres que se tienen en pie con una precariedad alarmante, meciéndose en un charco de agua sucia en la que flotan cadáveres de gallinas, latas de cerveza y botellas en lento naufragio y que despide un olor a excrementos, a orines trasnochados, a miseria, a sorda muerte anónima. Éste era de los más característicos [...]. Tendido en el lecho del que se iba levantando, cada vez con mayor fuerza, un aliento de sudor agrio de quién sabe cuántos huéspedes anteriores, empezó a abrirse paso, allá adentro de mí, una lenta pero inexorable sensación de derrota; vieja compañera del final de mis empresas que suelen desembocar todas en el mismo charco de hastío y mala sombra. Sabía que para librarme de ella sólo la inmensidad salina del océano sería eficaz. Esperaba el Luther con auténtica ansiedad, viendo cómo me iba ganando esa atroz desesperanza que tan bien conozco.⁴⁴

Asimismo, debemos tener presente el meridiano de la selva, donde la desesperanza se presenta en toda su eficacia, y aquí vale la pena recordar el viaje de Maqroll en *La nieve del almirante*: «Él entra por Manaos, se mete al Amazonas y para que pueda haber aserraderos de madera, tiene que estar ya cerca de la cordillera [...]. Entonces, él va subiendo, toma un afluente del Amazonas y ese afluente va corriente arriba hacia la cordillera.» Recordemos la reflexión de Maqroll en su paso por la selva Amazónica, que activa su desesperanza:

El sol cae a plomo sobre la tediosa extensión en donde el agua rebrilla entre juncos y lianas. De vez en cuando, como para recordarnos que ha de volver en breve, surge una pequeña muestra de la selva [...]. La soledad del lugar nos deja como desamparados, sin que sepamos muy bien a qué se debe esta sensación que no tenemos en medio de la jungla, pese a su vaho letal, siempre presente para recordarnos su devastadora cercanía. Tendido en la hamaca veo desfilar, con abúlica indiferencia, este paisaje en donde el único cambio perceptible es la paulatina mutación de la luz a medida que avanza la tarde [...] he caído en un estado de marginal indiferencia, al borde de un sordo pánico. Lo percibo como un inevitable atentado contra mi ser, contra las fuerzas que lo sostienen, contra la precaria y vana esperanza, pero esperanza al fin, de que algún día las cosas serán mejores y todo comenzará a resultar bien.⁴⁵

⁴⁴Mutis, Álvaro. *Amirbar*, pp. 146-147.

⁴⁵Sefami, Jacobo, ob. cit., p. 184.

⁴⁶Mutis, Álvaro. *La nieve del almirante*, pp. 46-47.

Finalmente, aparece la tierra caliente, que es comprendida por nuestro autor de la siguiente manera:

Nada más ajeno al trópico que estos elementos que más pertenecen a lo que suele llamarse en Suramérica la tierra caliente formada en los tibios valles y laderas de los Andes y que nada tienen que ver con el verdadero trópico [...]. Una vegetación enana, esqueléticos arbustos y desnudas zarzas, lentos ríos lodosos, vastos esteros grises donde danzan las nubes de mosquitos en soñoliento zigzag, pueblos devorados por el polvo y la carcoma, gentes famélicas con los grandes ojos abiertos en una interior vigilancia de la marca de la fiebre palúdica que lima y desmorona todo vigor, toda energía posible; vastas noches húmedas señoreadas por todos los insectos que la más loca fantasía no hubiera imaginado, lechosas madrugadas cuando todo acto en el día que nos espera se antoja mezquino, gratuito, imposible, ajeno por entero al torpe veneno que embota la mente y confunde los sentidos en una insípida melaza.⁴⁶

Sin embargo, Mutis explicita aun más el término diferenciándolo del trópico garciomarquesiano, pues se trata de evitar similitudes entre su obra y la del Nóbel colombiano:

El trópico es el de García Márquez: es la hojarasca, el polvo, la destrucción, la aridez, el sol infernal [...]. El trópico está en la costa. Después, viene una contrapartida interior (en América y en África) que es la selva. Curiosamente, por su abundancia infinita de vegetación, vuelve a ser desoladora, despersonalizadora y agobiante. La tierra caliente es una fiesta, porque es una tierra húmeda, al borde de la cordillera, con ríos que la riegan de una ferocidad enorme, pero no agresiva. Son flores maravillosas; es el café, la caña de azúcar, el cacao que tiene la flor más hermosa que puede haber y el olor de la fruta que es formidable, la guanábana espléndida, la chirimoya, en fin. Esa es la tierra media. Son tres partes evidentemente: el trópico brutal de la costa, la selva y, en medio, la cordillera.⁴⁷

El profesor Pérez nos señala la relación que existe entre la tierra caliente, la desesperanza y la muerte con estas palabras:

⁴⁶Mutis, Álvaro. *Poesía y prosa*, p. 300.

⁴⁷Semafi, Jacobo, ob. cit., p. 184.

La tierra caliente no es ajena a la muerte, pero es más propicia a la vida. No hay en ella un encantamiento con la mueca horrible de la parca; el cuerpo aún alienta calor y la sangre circula con fuerza; todo en ella, aun la destrucción, la corrupción de lo viviente, apunta a la vida, a la celebración perenne de la existencia y a la sensación plácida de sentirse vivo, sin esperanza, sin virtudes que celebrar, sin hazañas qué contar, sin poder inventarlas siquiera para consolarse; vivo con la sensación de vivir tan sólo y con el deseo de permanecer tanto como lo permita el hastío, vivo para inventar todos los días una excusa. La tierra caliente es un lugar propicio a la invención, al recurso, a la astucia para vivir.⁴⁸

Esta visión de la tierra caliente es la versión en la naturaleza de la fértil miseria de la que hablábamos con antelación; es allí en la naturaleza, que lo consume todo, donde la muerte tiene su máxima expresión, y esta expresión es lograda por alguien lúcido que, en la intimidad de su ser, en soledad, descubre en la actitud desesperanzada un camino para seguir afirmando la vida. En ese asumir la muerte, es donde se reconoce «el carácter implacable de lo único cierto que nos depara el destino».⁴⁹ En efecto, este es el horizonte vital del Gaviero, la enfermedad, la soledad, la degradación, la descomposición de la vida, la dureza de los dogmas, la mentira de las ideologías y el horror de los regímenes; es un ser lúcido que puede teorizar «sobre sus propios males y angustias y para recorrer el pasado, viendo cómo el hombre se desgasta usándose para la muerte, gastando sus fuerzas y bienes para llegar a la tumba y terminar encogido en la ojera de su propio desperdicio».⁵⁰ Quizás, por ello, es que Maqroll necesita «tocar tierra», para alimentarse de la savia de su miseria,⁵¹ que es fértil y que lo ha convertido en desesperanzado; pues si bien sabemos que Maqroll es un marinero, todas sus grandes aventuras ocurren en tierra, y es en la tierra caliente donde él puede experimentar con rigor la actitud desesperanzada: fue en el Hospital del río donde aprendió a degustar de la soledad;⁵² en la cascada⁵³ y en los cafetales, conoció el Gaviero la bastedad de su miserable condición; en La Plata, gracias a van Branden, constató su «ímbatible escepticismo ante la terca vanidad de toda empresa de los hombres, esos desventurados ciegos que entran en la muerte sin haber sospechado

⁴⁸ Pérez, Clímaco, ob. cit., p. 91.

⁴⁹ *Ibidem*, p. 40.

⁵⁰ *Ibidem*, pp. 61-62.

⁵¹ Muñis, Álvaro. «Grieta matinal». En *Summa de Maqroll el Gaviero...*, p. 119.

⁵² Mutis, Álvaro. «En el río». En *Summa de Maqroll el Gaviero...*, p. 149.

⁵³ Mutis, Álvaro. «La cascada». En *Summa de Maqroll el Gaviero...*, p. 152.

siquiera la maravilla del mundo»;⁵⁴ en la caverna de *Amirbar* siente la necesidad del mar: «Algo, allá muy adentro, me decía que mi larga ausencia del mar no era bien vista por los abismales poderes del océano».⁵⁵ De igual manera, es en la tierra caliente que Maqroll revive el amor, «El cuerpo tibio y recio de la muchacha, ceñido al suyo con una intensidad nueva y reveladora, le transmitió una serenidad y un bienestar que prolongaba la acción bienhechora de la tierra del café y de la caña donde recuperaba, intactas, las ganas de vivir y el amor por los dones del mundo»;⁵⁶ asimismo, es la tierra caliente la que le permite al Gaviero caer en la cuenta de que ella es el «ámbito protector, como fuente inagotable de pruebas tonificantes, de retos que aguzan los sentidos y vigorizan mi necesidad de provocar el azar, en el intento de establecer sus límites».⁵⁷ Por lo tanto, es lícito afirmar que la tierra caliente condensa la desesperanza, no exime el amor, permite esperar, facilita la lucidez, desafía el azar y propicia el conocimiento de sí mismo: «Para él —el desesperanzado— vivir corresponderá siempre a conocerse o reconocerse y, por lo mismo, su interés en momentos como el de su muerte porque será cuando de verdad sepa quién es. Será entonces el instante de la plenitud como el bel morir que le da razón a su existencia».⁵⁸ Por eso, en la tierra caliente, la desesperanza tiene su encuentro más duro y natural con la muerte, tal como nos lo recuerda Mutis: «Se deja una herramienta algunos días recostada en alguna parte, después se oxida y ya se funde con la tierra [...]. Entonces, esta destrucción de todo era sorprendente, como una muestra de vida y, al mismo tiempo, de muerte, ¿no? Pero muerte sin terror, sin una sensación de desaparición, sino de fundirse con ese mismo paisaje».⁵⁹ Por lo tanto, el extrañamiento ante la muerte es propio de quienes no comprenden la actitud desesperanzada, o bien, es propio de aquellos, como Nacho, que por su inocencia no pueden comprender el ritmo que la vida impone: la muerte como consumación de la totalidad del ser.

En efecto, esta conciencia del ritmo que impone la vida cumple con la característica de ordenar los signos en cierta particular secuencia que el desesperanzado conoce desde siempre y que solo a él le es dado percibir y recrear continuamente. Esto ya lo analizamos en Abdul; sin embargo, en Maqroll el asunto se torna un

⁵⁴Mutis, Álvaro. *Un bel morir*, p. 38.

⁵⁵Mutis, Álvaro. *Amirbar*, pp. 116-117.

⁵⁶Mutis, Álvaro. *Un bel morir*, p. 49.

⁵⁷Mutis, Álvaro. *La nieve del almirante*, p. 65.

⁵⁸Aristizabal, Alonso. *Mito y trascendencia en Maqroll el Gaviero*. Bogotá, Ministerios de Cultura y Universidad Nacional, 2002, p. 35.

⁵⁹Sefamí, Jacobo, ob. cit., p. 174.

tanto indeterminado, pues las versiones de su muerte son varias, como lo dice el mismo Mutis en el apéndice de *Un bel morir*, es más, algunas de ellas son a todas luces apócrifas, pues están demasiado teñidas de literatura como para que puedan ser creíbles.⁶⁰ Además de esto, el tiempo en Mutis no es sincrónico, sino que pertenece más a la evocación y al recuerdo; las siguientes palabras que figuran en *Abdul Bashur, soñador de navíos* nos dan la clave a este respecto y nos permiten, por extensión, adjudicarlas a las demás obras del cervantino poeta:

Dar unidad cronológica a mi relato es de todo punto imposible. Las fechas de los papeles en mi poder no son de fiar, cuando aparecen. En la mayoría de los casos, la ausencia de toda indicación impide ubicar la época del relato. Además de los documentos escritos, parciales y no siempre ricos en detalles, he tenido que acudir a los testimonios escritos del mismo Maqroll y al recuerdo de lo que, por voz propia, me narró en múltiples ocasiones. Pero no creo que esta irregularidad cronológica tenga mayor importancia. El rigor que exige la biografía de un personaje de la historia, viene a sobrar cuando se trata de "los comunes casos de toda suerte humana."⁶¹

Otro aspecto que dificulta desentrañar la muerte del Gaviero es el aspecto del narrador, pues es Mutis quien narra las historias que oímos en boca del Gaviero, sea por medio de un manuscrito hallado por casualidad, como en *La nieve del almirante*: «Cuando Creía que ya habían pasado por mis manos la totalidad de escritos, cartas, documentos, relatos y memorias de Maqroll [...] encontré un cúmulo de hojas, en su mayoría de color rosa, Escrito por Maqroll el Gaviero durante su viaje de subida por el Río Xurandó. Para entregar a Flor Estévez en donde se encuentren»⁶² o a través de narraciones que el Gaviero ha hecho y que Mutis ha tratado de transcribir lo más fielmente posible, como es el caso de Ilona: «[...] vienen aquí relatadas usando la voz misma del protagonista [...] y tuve buen cuidado de volver con él, a menudo, sobre ellas hasta fijarlas en mi memoria con la inflexión misma de la voz y las divagaciones a que era tan adicto el Gaviero»,⁶³ o como resultado, en ocasiones, de un encuentro similar al ocurrido con Fátima Bashur en la estación de Rennes, que termina con llegada a manos de Mutis de «La

⁶⁰Cfr. Mutis, Álvaro. *Un bel morir*, p. 125.

⁶¹Mutis, Álvaro. *Abdul Bashur...*, p. 26.

⁶²Mutis, Álvaro. *La nieve del almirante*, p. 16.

⁶³Mutis, Álvaro. *Ilona llega con la lluvia*, p. 14.

documentación necesaria para cumplir con mi viejo propósito de recrear, para mis improbables lectores, algunos episodios de la vida impar y accidentada del más fiel y viejo amigo del Gaviero». «Por lo tanto, haciendo estas salvedades y reafirmando nuestra adhesión con Barón-Fritts, trataremos de deslindar la, o mejor dicho, las muertes del Gaviero.

Lo primero que sabemos es que «Una patrulla militar lo rescató de la muerte, cuando se había encogido entre las rocas en busca del calor de su propia sangre que apenas circulaba ya por su cuerpo escuálido y tostado por el sol de la cordillera». «El profesor Pérez halla en «Moirologhia»⁶⁴ una señal ineluctable de la muerte del Gaviero: «La Reseña (de los Hospitales de ultramar) culmina con un lamento o treno [...]. El treno es el canto a la muerte del Gaviero, su retorno a la verdadera morada, a la grandeza de un ser que no tiene por qué padecer la existencia»;⁶⁵ sin embargo, y siguiendo a Mutis en *Un bel morir*,⁶⁶ sabemos que la versión más antigua de la muerte del Gaviero es la que fue incluida en la *Summa de Maqroll el Gaviero*, publicada en España en 1973: «Se hace un recuento de ciertas visiones memorables de Maqroll el Gaviero, de algunas de sus experiencias en varios de sus viajes y se catalogan algunos de sus objetos más familiares y antiguos». «Más adelante, Mutis nos lleva a considerar que el hombre fallecido encontrado por el practicante en «Morada» es Maqroll: «A la mañana siguiente el practicante de turno lo encontró aferrado a los barrotes de la cama, las ropas en desorden y manando aún por la boca atónita la fatigada y oscura sangre de los muertos». «Esta versión cobra particular validez si tenemos en cuenta que esta composición pertenece a la *Reseña de los hospitales de ultramar* tejida por Maqroll el Gaviero: «En la vejez de sus años, cuando el tema de la enfermedad y de la muerte rondaba sus días y ocupaba buena parte de sus noches, largas de insomnio y visitadas de recuerdos».⁶⁷

Otra de las versiones de la muerte del Gaviero es la que aparece en «Razón verídica de los encuentros y complicidades de Maqroll el Gaviero con el pintor Alejandro Obregón», adjudicada a Gabriel García Márquez, y consiste «en decir que fue

⁶⁴Mutis, Álvaro. *Abdul Bashur...*, p. 24.

⁶⁵Mutis, Álvaro. «En el río». En *Summa de Maqroll el Gaviero...*, p. 149.

⁶⁶Mutis, Álvaro. «Moirologhia». En *Summa de Maqroll el Gaviero...*, p. 165.

⁶⁷Pérez, Clímaco, ob. cit., pp. 83-84.

⁶⁸Mutis, Álvaro. *Un bel morir*, p. 125 y ss.

⁶⁹Mutis, Álvaro. «Se hace un recuento». En *Summa de Maqroll el Gaviero...*, p. 169.

⁷⁰Mutis, Álvaro. «Morada». En *Summa de Maqroll el Gaviero...*, p. 159.

⁷¹Mutis, Álvaro. «Reseña de los hospitales de ultramar». En *Summa de Maqroll el Gaviero...*, p. 144.

Obregón quien encontró en la ciénaga el cadáver del Gaviero cuando este se perdió allí con Flor Estévez y, al parecer, murieron de sed y hambre buscando la salida de los esteros». ⁷¹ No obstante, Mutis intenta aclarar el asunto y, al respecto, señala lo siguiente sobre la versión de García Márquez: «Algo se insinuaba, trataba de salir a flote por entre los datos que para nada coincidían con la pretendida desaparición del Gaviero en los esteros de la Ciénaga Grande»; ⁷² asimismo, «Todos estos datos venían a perturbar, a desvirtuar, más bien, la conclusión a la que no era tan descabellado llegar, de que el ahogado era Maqroll». ⁷³ Con todo, Mutis se inclina a pensar que García Márquez verificó la información sobre la muerte del Gaviero y, por ello, esta versión cobra una inusitada validez, gracias a la fuente de la que proviene; pero Mutis, inconforme con la versión de su amigo, decide preguntarle a Obregón, el cual «Se limitó a sonreír entre divertido y ausente y empezó a hablar de otra cosa». ⁷⁴

En conclusión, este juego de versiones, y sus respectivas contradicciones, parece más una travesura de Mutis que un interés verdadero por aclarar la muerte del Gaviero, lo que se confirma cuando nos dice que «Así las cosas y, como es costumbre cuando se trata del Gaviero, la verdad se nos escapa de entre las manos como un pez que se evade». ⁷⁵ No obstante, lo verdaderamente inquietante de esta posible muerte de Maqroll es que se ajusta al principio rilkeano y desesperanzado de modelar la propia muerte, que ya estudiamos más arriba, y esto nos lo informa Mutis con las siguientes palabras: «[...] este final se ajusta tan bellamente a su carácter y al encontrado diseño de sus días sobre la tierra, que no puedo menos de mencionado aquí, desde luego sin avalado como cierto, pero tampoco negándolo enfáticamente. Los artistas y los aventureros suelen hilvanar de antemano su fin de manera tal que jamás pueda ser claramente descifrado por sus semejantes». ⁷⁶

A pesar de todo lo anterior, Mutis nos informa que la versión de «En los esteros», ⁷⁷ «Que apareció hace algunos años en un libro titulado *Caravansary*», ⁷⁸ es

⁷¹Mutis, Álvaro. *Tríptico de mar y tierra*, p. 85.

⁷²Ibidem, p. 85. Es inconcebible en Gabriel García Márquez la pesca de sábalo, el hecho de que el muerto no fuese también el dueño de la barca, y la mención de un bote, palabra que bien pudiera aplicarse a la barca de quilla plana en donde se perdió Maqroll, pero que no era la indicada.

⁷³Ibidem, p. 85.

⁷⁴Ibidem, p. 86.

⁷⁵Ibidem, p. 87.

⁷⁶Ibidem.

⁷⁷Mutis, Álvaro. «En los esteros». En *Summa de Maqroll el Gaviero...*, p. 199.

⁷⁸Mutis, Álvaro. *Un bel morir*, p. 126.

la más aceptada; aquí, resulta interesante seguir a Mutis cuando nos narra su intención de incluir este antiguo poema al final del libro: «Yo quería mucho que la trilogía terminase con esta figura del hombre cansado, recostado en el timón, como un viejo Caronte, digo yo y que desaparece».⁸⁰

Como pudimos apreciar a través de este recorrido, Maqroll debe morir en la tierra caliente porque debe fundirse; hacerse uno con ese espacio que lo consume todo, con el paisaje que devora lo que ha dejado de existir y se ha corrompido para hacerlo fértil y reiniciar, o mantener, el ciclo de la vida; Maqroll debe descomponerse con la naturaleza y alimentar la vida que se rebela a extinguirse; se trata de que él viva de otra manera, pero que siga viviendo.

Ahora bien, la muerte de Maqroll en *Un bel morir* es avistada por doña Empera, pues ella, cual si fuera un Tiresias femenino, sabe que el Gaviero parte de su lado para no volver jamás: «Ella, que todo lo sabía, sintió que de sus brazos se alejaba un hombre que le estaba diciendo adiós, a la vida».⁸¹ Ratificando el axioma de que en la muerte se confirma el sentido de las razones que dieron significado a la existencia, el Gaviero, en el último momento, repasa su vida: «Fue, entonces, cuando consiguió aislar, en el delirio lúcido de un hambre implacable, los más familiares y recurrentes signos que alimentaron la sustancia de ciertas horas de su vida. He aquí alguno de esos momentos, evocados por Maqroll El Gaviero mientras se internaba, sin rumbo, en los esteros de la desembocadura»;⁸² la primera visión en la mente Maqroll es Amparo María «en su porte de maja andaluza»,⁸³ como si fuera la Cretense de los Alesi. Finalmente, Maqroll se deja ir a la muerte, sin embargo, ese final indeterminado lo deducimos gracias al poema «En los esteros», en cuya indeterminación cabría la posibilidad de que Maqroll muere junto a Flor Estévez, tal como pareciera anunciarlo Mutis en un próximo intento por clarificar la muerte del Gaviero: «Y hay una cosa allí: te acuerdas de esa mujer de “los esteros”, que sube con el pelo enorme, herida y tal, ésa puede ser Flor Estévez, puede ser. Te acuerdas que lo último que le dice la ciega a Maqroll es “A lo mejor se la encuentra; ella tiene el dolor de que usted haya creído que lo abandonó”. Entonces, a lo mejor todavía está viva por allí».⁸⁴

⁸⁰Semafi, Jacobo, ob. cit., p. 204.

⁸¹Mutis, Álvaro. *Un bel morir*, p. 123.

⁸²Mutis, Álvaro. «En los esteros». En *Summa de Maqroll el Gaviero...*, p. 199.

⁸³Mutis, Álvaro. *Un bel morir*, p. 124.

⁸⁴Semafi, Jacobo, ob. cit., p. 204.

Es importante revisar esta muerte del Gaviero dentro de toda una estructura clara en la obra. Como dijimos, Mutis crea a Maqroll para escribir una poesía desesperanzada, que no iba con su edad,⁶⁵ y ya hemos visto que a lo largo de toda la vida del poeta hubo acontecimientos que le marcaron y le permitieron construir una visión del mundo tal y como la conocemos. Entonces, ya ha resultado claro a nuestros ojos la coherencia y la continuidad de un pensamiento que a lo largo de los años se ha solidificado.

En el caso mío, mi permanencia en Coello, mi experiencia de la tierra caliente, no sólo en Coello, sino de toda la tierra caliente que visité en Colombia, pues, marca definitivamente, genera, produce una serie de imágenes y de recuerdos sensoriales en los que insiste mi poesía, trata de que perduren y se repitan y vuelvan, hasta que queden como en bloque, con una permanencia de piedra. Esa es la intención, no estoy diciendo que eso se logre por su edad.⁶⁶

De acuerdo con lo anterior, debemos llamar la atención sobre tres aspectos coherentes entre Maqroll en *La nieve del almirante*, la muerte del Gaviero en *Un bel morir* y las palabras de Mutis en una entrevista para comprender por qué Maqroll no puede fenecer, ni aun en el episodio de «En los esteros»: «No te detengas. Evita, hasta el más humilde fondeadero. Remonta los ríos. Desciende por los ríos. Confúndete en las lluvias que inundan las sabanas. Niega toda orilla. Nota cuánto descuido reina en estos lugares. Así los días de mi vida. No fue más. Ya no podrá serlo». ⁶⁷ Teniendo presente esta declaración de Maqroll, tomo como segundo aspecto la imagen de Caronte que aparece en *Un bel morir*, pues este personaje era el encargado de cruzar a las almas de los muertos al otro lado del río Aqueronte: «Recostado contra la barra del timón, tenía el aspecto de un cansado Caronte vencido por el peso de sus recuerdos, partiendo en busca del reposo que durante tanto tiempo había procurado y a cambio del cual nada tuviera que pagar»; ⁶⁸ por último, para cerrar el círculo, las siguientes palabras de Mutis: «Pero no es una condenación a viajar sino que Maqroll ha escogido esa posibilidad [...]. Pero él no

⁶⁵Cfr. Shimose, Pedro (ed.), *Álvaro Mutis. Semana de autor*, Madrid, Cultura Hispánica e Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1993, p. 50.

⁶⁶Ibidem, p. 195.

⁶⁷Mutis, Álvaro. *La nieve del almirante*, p. 93.

⁶⁸Mutis, Álvaro. *Un bel morir*, p. 124.

busca nada; sencillamente se va desplazando».⁸⁶ ¿Y todo esto para qué? Solo para decir que Maqroll, al internarse por el río de La Plata, se va «desplazando» hacia la muerte, pero sin llegar a concluir la. Maqroll se funde con el paisaje, pero no puede llegar a la muerte porque sería tanto como afirmar que él hallaría en la muerte la consecución, en la praxis, de una esperanza, es decir, la realización plena, tangible, pragmática de una utopía de cualquier tipo, cosa que por definición iría en contravía de la desesperanza mutisiana.⁸⁷ Maqroll, al igual que Caronte, se interna en el río de la muerte, pero el Gaviero no lo cruza; lo remonta y ve cuánto descuido hay en ese lugar. Él se desplaza sin buscar nada; al no cruzar el río, abre la posibilidad de una metafísica nueva, no más allá de la muerte, sino, *paralela* a la muerte, es otros términos, rompe con el paradigma de la muerte como un lugar al que se arriba para ser un modo de existir, en suma, Maqroll se rebela ante el oficio de existir, no importa qué clase de existencia sea. Esta es la razón por la que el lector, en ocasiones, experimenta a Maqroll más como una presencia que como un ser de carne y hueso. El Gaviero, por su manera de estar en el mundo, se hace inmanente en la conciencia de quien accede al orbe mutisiano y allí está el atractivo irresistible del universo de Mutis. Una vez adentrados en él, es inevitable hacernos parte de su *materia*; entramos en la posibilidad de percibir la realidad de una manera distinta y esto se logra con la potencia verbal del poeta, ya que las palabras, en la mayoría de los casos, como en toda poesía, pretenden sugerir más que decir;⁸⁸ por eso, las palabras de García Márquez corroboran nuestra apreciación: «Maqroll somos todos y por eso no puede morir».⁸⁹ Si Maqroll encarna la desesperanza es porque ante todo es vida, la vida verdaderamente vivida. ■

⁸⁶ Mutis, Álvaro. «Rechaza toda orilla, no te detengas, no hay puertos». *Estrategia Económica y Financiera*, n.º 242, 31 de agosto de 1996, p. 45.

⁸⁷ «[...] [un desesperanzado] no está reñido con la esperanza, lo que ésta tiene de breve entusiasmo por el goce inmediato de ciertas probables y efímeras dichas, por el contrario, es así como sostiene —repito— las breves razones para seguir viviendo. Pero lo que define su condición sobre la tierra, es el rechazo de toda esperanza más allá de los más breves límites de los sentidos, de las más leves conquistas del espíritu. El desesperanzado no “espera” nada, no consiente en participar en nada que no esté circunscrito a la zona de sus asuntos más entrañables». Mutis, Álvaro. «La desesperanza». En *Poesía y prosa*, p. 289.

⁸⁸ «Lo importante no es tanto el sentido de las palabras, cuanto lo que fluye bajo ellas, o lo que de ellas se niegan a ofrecer como transparencia». Moreno, Belén del Rocío. *Las cifras del azar: una lectura psicoanalítica de la obra de Álvaro Mutis*. Bogotá, Planeta, 1998, p. 52.

⁸⁹ García Márquez, Gabriel. «Palabras de Gabriel García Márquez, en homenaje a Álvaro Mutis». *Revista Consigna*, vol. 18, n.º 437, abril-junio de 1993, p. 102.